

CHARLA

La señorita Emily Dickinson, hacia 1959, visitó una noche a Dashiell Hammett, que bebía “bourbon” en una habitación queridamente penumbrosa, y miraba al vacío: ¡Qué más da! Ella (delgada, élfica, impecablemente vestida de blanco) se sentó enfrente: ¿Le molesto? Permítame decirle que amo su tristeza. Y Hammett alzó la vista, circundada de ojeras: No, señorita Dickinson. La esperaba. Parecemos muy diferentes, y siempre hemos estado cerca. Sólo hay violencia y ternura, lo sabemos. Pozos sin fondo. Y un final. Un raro y apetecible final. Lo demás es vano. Y usted y yo lo hemos sabido siempre... Ella se frotó las manos; tenía la piel tan transparente como un élitro exótico: Sí, es cierto. Pero vale la pena. Todo es carencia: violencia y ternura. Sus detectives sabían eso. Lo sabe mi corazón desnudo. Me baño en su lejanía y sé que, juntos, estamos solos. Somos los solitarios de la compañía. Vamos de paso hacia siempre y nunca, hacia nada y todo. Nos circunda el desastre y el miedo, y vale la pena. Nos llama el vacío y él sabe por qué. ¿Se equivocan los llenos, los codiciosos, los presidentes y senadores de cualquier cosa?, preguntó Hammett, llevándose la mano al pelo muy canoso. Se equivocan, querido, respondió Dickinson, al borde de una mínima y lineal sonrisa. Se equivocan. Nos veremos navegando. No por el mismo río, pero es el mismo. Nos saludaremos. Estaremos tranquilos, aún amando (recordando que amamos) la tristeza. Usted fumará y yo cortaré acianos. Nos diremos adiós. Hasta siempre. Ha valido la pena. Cuando nada exista y nosotros, señor Hammett, naveguemos. Gracias, Emily, contestó el hombre taciturno, oscuro: Siempre admiré la desesperación de sus ojos alucinados. A su salud. ¿Era fiebre? No (ella de nuevo) era la señal del viaje. Usted lo sabía: Desesperación, tristeza. Lo sabíamos. El único viaje que vale la pena. Tan largo, tan largo... ¡Dios mío! (¿Termina el amor cuando empieza? Su mejilla es su biógrafo. Peca en paz, luego. La suposición daña menos que la certeza. Bienvenido.) Y anochecía.

(Inédito, Madrid, 31 de marzo de 2006)

Luis Antonio de Villena (Madrid, 1951) lleva muchos años desempeñando un papel fundamental en la difusión de la poesía más joven, con antologías como *Postnovísimos* (1986), *Fin de siglo (el sesgo clásico en la penúltima poesía española)* (1993), *10 menos 30* (1997), *La poesía plural* (1998) y *La lógica de Orfeo* (2003). Su obra, objeto ya de varias tesis doctorales, incluye muy interesantes novelas, ensayos y traducciones. Su extensa producción poética arrancó precozmente con *Sublime Solarium* (1971). *Huir del invierno* recibió el Premio de la Crítica de 1981. En *La belleza impura* (1995) se puede acceder a una recopilación de su poesía completa hasta 1989. Todavía está muy reciente la publicación de *Los gatos príncipes* (Visor, 2005).

Luis Antonio de Villena